

“¿Qué pasaba si El Astrólogo efectivamente tomaba el poder?”

Quería arrancar tomando algunas intervenciones públicas que tuviste en los últimos meses y que tuvieron bastante repercusión. Voy a empezar por una frase que lanzaste en algún medio y que fue bastante reproducida: “la crueldad está de moda”. La idea de la crueldad apareció no solo en tu voz, sino en varias voces. Pero hay algo que me interesa, y es que lo que aparece en tu frase, y que no estuvo en las otras alusiones al fenómeno de la crueldad, es la unión de *crueldad* con *moda*. La idea de *moda* es lo que hace que funcione tu intervención.

Muy de acuerdo.

¿Pensaste sobre eso? Me interesaría que lo expandieras.

En primer lugar, hay algo que subrayaría, tanto en ese caso como en otros. Subrayaría, por inspiración bajtiniana, que fueron entrevistas. Fueron escenas de conversación; fueron cuestiones que surgieron en la interacción de las voces. Surge en la dinámica de una conversación y a mí me parece importante destacar eso; para correrme a mí mismo de una especie de centro de escena del que toma la palabra y habla. Porque no es que tomo la palabra y hablo; formo parte de una dinámica de voces donde lo que digo yo lo digo en relación con una interacción. Son entrevistas. Subrayaría eso. Y después..., yo también me quedé pensando. Yo también dije: ¿qué pasó acá; qué tocamos acá? ¿Por qué tanto rebote? Porque, en efecto, lo de la crueldad estaba dicho. Y en un momento empecé a pensar, también un poco por reflejo de lo que somos —críticos— y a detenerme en la otra palabra. En vez de subrayar *crueldad* pensé que la cosa está en pensarla como

Federico Penelas

Profesor de la carrera de Filosofía y Consejero Directivo
(FFyL, UBA)

fpenelas@hotmail.com

moda. No lo tengo tan claro, pero empecé a pensar en eso. Comparto totalmente que hay que detenerse en 'moda' y, si uno lo hace, me parece que lo primero que aparece es la idea de que esto va a pasar. Mal o bien, antes o después, más largo o más corto, con más o menos daño, con más o menos huella. No va a pasar como si nada; nada pasa como si nada, pero va a pasar. En el sentido de que el menemismo también pasó, y también las huellas siguen hasta hoy. Pero creo que hay algo del agobio que los que no estamos de acuerdo con Milei estamos sintiendo y viviendo, que no es solo no estar de acuerdo, estar preocupados o el malestar con una gestión de gobierno, porque todo eso podría caracterizar nuestra vivencia del macrismo, para los que tampoco estábamos de acuerdo con Macri y vivimos cuatro años bajo ese gobierno que nos parecía deplorable. Pero hay algo más en este agobio por el cual todos sentimos que llevamos siete años de gobierno y son siete meses. Falta casi todo.

Y empezamos a pensar eso cuando iba solo un mes.

Sí, porque el desgaste es muy grande, porque hay algo no solo de la dimensión del daño sino de la intensidad, del martilleo. De alguien que nos saca al menos ocho horas de ventaja por día porque nosotros dormimos y él no. O sea, que en la parte de tiempo en la que nosotros descansamos, él sigue dañando, dañando, dañando. La denigración continua tiene efectos. El hecho de que cada anuncio de gobierno —porque como cualquier gobierno hace anuncios— ahora parece cobrar más el carácter de una amenaza que de un anuncio. Medio como el famoso episodio de Arlt: "Mañana a la mañana te voy a pegar". Acá es voy a cerrar esto, voy a recortar aquello, voy a despedir. Después se entabla la lucha, algunas cosas se pueden contener, otras no. Pero es vivir bajo el peso...

...bajo la espada de Damocles.

Sí, pero esta vez se compró un arsenal de espadas. Es muy desgastante y tiene un efecto de duración y de densidad temporal tan alta que tenemos el desgaste de años y llevamos meses. Y me parece que, con esa deformación del peso temporal, la idea de 'Esto va a pasar' trae un cierto alivio. Creo que la idea de *moda* involucra eso, contra una frase que se repite a propósito de distintas cosas y que a mí —todas las veces que la veo aparecer, en general, independientemente del objeto que se trate— me trae un poco de molestia, que es la frase 'Llegó para quedarse'.

Coincido.

Cuando estas fórmulas se instalan y se empiezan a repetir... Esta semana ya van tres veces que escucho acerca de tres cosas distintas el 'Llegó para quedarse'. Entonces, cuando uno recupera algo del 'Llegó para irse' o 'En algún momento pasará'... Hay que ver cuándo, cómo y a dónde va a parar, pero pasará. Me parece que hay algo ahí que tuvo que ver con eso. ¿Nos convertimos en una sociedad que vamos a tener que vivir siempre así? No.

En algún momento pasará.

En algún momento pasará. Pero me parece que la noción de *moda* involucra también algo, que agrava las cosas en un punto. Y es que se combina el daño que cala hondo (cala hondo porque es continuo; un picoteo constante en el mismo punto que termina agujereando) con un grado de superficialidad altísimo. Es algo especialmente frustrante para los que somos intelectuales, que es el espesor de los debates. Uno puede pensar, por ejemplo, en el vocero presidencial. Es muy venenoso, es muy dañino. Habla todos los días; lastima, lastima, lastima, lastima; daño, daño, daño, daño. Y además anuncia daños profundos. Pero a la vez tiene el espesor de elaboración conceptual de un charco. Entonces, me parece que es esa combinación de hondura y superficialidad lo que la combinación de *crueledad* y *moda* también captó. Todo tiene también un componente de banalidad muy alto. Es algo muy profundo y a la vez muy banal. Calar hondo; es muy eficaz (hay que considerar su eficacia) y al mismo tiempo es muy elemental. Por eso es frustrante el debate porque son debates en términos increíblemente básicos. Ya lo era con Macri. Ahora creo que uno empieza a recordar a Macri como si hubiese sido debatir con Michel de Certeau. Ya con Macri uno decía: ¡qué chatura! Y esto es todavía peor.

Ahora, en la idea de 'moda' puede haber otro elemento.

Mencionaste dos. Primero el 'Todo pasa' grondoniano.

Sí. Se verificó incluso en él, que murió.

Exacto. Y, segundo, la superficialidad del contenido. Pero, ahora no quizás pensando en Milei o en alguno de sus funcionarios, sino en el espectro de todas las voces en las redes sociales y demás, donde hay mucha crueldad ejerciéndose, uno puede pensar la *moda* también como aludiendo a que esa crueldad es ejercida con cierto desapego. En el sentido de que no hay un genuino compromiso,

de que quizás no solo el contenido es superficial, sino que es superficial también la adhesión a ese contenido. Eso favorecería también el 'Todo pasa'. ¿Qué pensás?

Sí, me parece que sí; en algunos evidentemente no, pero en muchos otros sí. Porque yo también pensé, ¿realmente hay que considerar que 56% de la sociedad argentina hoy se regocija cuando alguien se queda sin trabajo? ¿Es realmente así ese tan invocado 56%? Y uno dice, bueno, no. Hay un porcentaje que sí, que ese porcentaje seguramente ya existía. Gente jodida ya existía. Me parece que uno de los tantísimos problemas de las redes sociales es que uno queda cerca de gente de la que jamás había estado cerca en la vida. Porque si te cruzabas alguien así girabas para el otro lado; y en las redes sociales puede ser más difícil girar para el otro lado. Porque, ¿cuál es el otro lado? Si te nombran, ponen tu foto, reproducen un video tuyo y la agresión te pone medio objeto, claro que uno no se puede sustraer. O no es tan fácil sustraerse. Pero uno mismo a veces se encuentra diciendo algo, no solo cuando se trata de uno. A veces lo hablo con mi mujer; me dice, "mirá lo que ponen acá", ni de ella ni de mí; sino de la realidad, o de los despidos. Suponete que este tipo hace veinte años ya existía. ¿Nos hubiésemos enterado? ¿Teníamos amigos así? Amigos así, no; conocidos así, no; y si teníamos un vecino así medio que tomábamos distancia. Las famosas conversaciones con taxistas son como un género en sí mismo, con el perdón de las buenas personas que son taxistas. Quizá por la irradiación continua de radio Rivadavia, porque además la derecha compra las señales con mayor potencia, con mejor antena, en su momento era la 710. Es la antena más fuerte y la señal de Rivadavia entra en todos lados. Decía que es un género de discurso típico, la conversación de taxi. Pero cuando uno viaja en taxi en capital son como mucho cuarenta minutos, o cincuenta. Y hay gente que se ha bajado de un taxi por lo que escucha, porque uno evita a la gente así. ¡Uno evita al que te dice "hay que rajar a veinte mil más"! Si te toca alguien así, te das vuelta y te vas; y si te toca alguien así en el taxi, mirás el reloj, pensás "en cinco minutos me bajo y chau". En cambio, con las redes sociales, diariamente uno toma contacto con ese tipo de vínculos. O sea, queda más expuesto. Hay una parte del desgaste que tiene que ver para mí con eso. Otra parte tendrá que ver con cierta desinhibición. ¿Qué hace cada uno de nosotros con sus zonas oscuras? ¿Qué hace cada uno de nosotros con sus partes miserables? Igual tratamos de que sea un porcentaje bajo, porque si tenés una tasa de 90% de miserabilidad, o sea, ya sos un miserable; pero cada cual tendrá su 10, o su 5%. Eso que llamamos educación tiene que ver, entre tantas otras

cosas, con controlar eso, a veces incluso, diría, con disimularlo; aprender a contenerlo. Decirse, “uh, qué idea de mierda; qué sentimiento de mierda me nació”, un poco abochornarse. Cada uno de nosotros tiene sus partes. ¿Qué pasa si quitás esa indivisión socialmente y hasta cobra un cierto prestigio?

En las redes sociales está eso combinado con cierto anonimato.

Es que el anonimato, además, te lo garantiza. Cuando todo esto empezó a pasar lo comparaba con los que escupen en la tribuna. Riquelme un día, creo que en la cancha de Arsenal, iba a patear un córner, se frenó, se dio vuelta y le dijo a uno “¡No me escupas!”. Y se produjo un efecto tipo de *La rosa púrpura de El Cairo*. ¿Cómo pasás de lo contemplado al contemplador? ¿Cómo me hablaste a mí? Y sí, yo te veo. O sea, medio brechtiano el asunto. Yo estoy en escena pero te veo, y además me estás escupiendo y te estoy diciendo que no me escupas. Solo que en las redes sociales puede ser más difícil. Ahí es la manada escupiendo; porque aparte funciona en manada. El miserable se desinhibe, la parte miserable del que la tiene se pone en juego ahí. Y volviendo a lo que bien decías de la moda, en tanto adhesiones contingentes, en algún momento recuperaremos socialmente la idea de que el desencajado que brama insultos, entre otras cosas, está haciendo un papelón. Además de otras variables, de otros factores a considerar sobre la agresividad, el otro... No, no, ¡qué papelón! Yo lo he pensado en estos términos: reunión familiar, el exabrupto del tío que empieza a golpear la mesa y a gritar. Fijate que después dice: “pero qué boludo, cómo me puse; discúlpennme, fue un arrebato; fue un momento”. Recuperar el pudor de decir: “Perdón, perdón. Qué papelón haberme puesto así”. Hoy por hoy no es un papelón ponerse así; al revés, se exhibe y hasta concita adhesión. Lo vemos en el jefe de Estado.

O sea, la crueldad está de moda y es impúdica.

Es que, claro, por eso es la moda. Justamente, la moda está hecha para mostrarse. Nadie se compra un vestido de moda y lo guarda en el *placard*. Te lo pones y salís a mostrar y encontrar afinidad con todo el mundo que está llevando el verde manzana, que es lo que se lleva este verano.

Ese es, entonces, el cuarto dato de la idea de moda: el contagio.

Sí. Mostración, contagio, estamos en lo que hay que estar...

Hoy toca esta.

Hoy toca esta, pero la idea de “hoy toca” ya abre una perspectiva. No digo de contingencia porque va a durar; y no va a pasar sin dejar rastro. Como algunas modas que pasaron pero no pasaron sin dejar rastro. La moda de la minifalda pasó pero la relación de la humanidad con las piernas de las mujeres cambió.

Pero entonces, la idea ‘La crueldad está de moda’ que en principio suena muy fuerte, ahora puede servir como un antídoto frente al “llegó para quedarse”.

Me parece que sí. Yo también pensé las cosas que uno puso con *moda*; lo corrimos de la denuncia del dedo indignado, de la denuncia de la crueldad y abrimos este otro aspecto que es cómo hacemos para dejar esto atrás en algún momento, y después veremos qué dejó, porque como toda moda puede dejar algo. Porque el ‘Llegó para quedarse’ es como una fórmula además de autolegitimación; muy distinta a la formulación “Qué bueno esto, mantengámoslo”. Es como si fuera a quedarse porque llegó. O, dado que llegó, va a quedarse. El ‘Llegó para quedarse’ es como una especie de *dictum* de fatalidad.

¿O una forma de condescendencia?

Puede ser también; de adaptación a lo que hay. Sin revisar qué es lo que hay. Porque a veces está muy bien, qué bueno que tal cosa llegó para quedarse, porque la verdad es que es muy bueno que haya llegado. Pero hay cosas que no. O pensémoslo. Porque me parece que la fórmula ‘llegó para quedarse’ es la fórmula de la fatalidad. Es como un destino que una vez que llegó ya se volvió inexorable. Bueno, depende.

Bueno, uno también podría preguntarse: ¿llegó? ¿O ya estaba?

Indudablemente para que algo logre calar como esto caló, algo tenía que haber, obviamente. Me parece que en Milei eso es clarísimo y otra vez la referencia son las redes sociales. Hasta hace no tanto tiempo dos de los arrebatos de los que Milei produce de a cuatro por día habrían puesto en jaque una carrera política. ¿Qué pasaría hoy con el cajón de Herminio Iglesias? Nada. O al revés. Suma votos. Y en aquel momento, en que se recuperaban los términos y las formas (que no son menores) del trato democrático, ese gesto de violencia ligado a la muerte...

...era extemporáneo.

Exacto. Ahora es temporáneo. Aunque no lo volvió temporáneo Milei. Él más bien se formó un poco ahí. A mí me gusta pensar la formulación 'Milei estatizó Twitter'. Estatizó el género difusivo. Por eso le pasó lo que le pasó a Adorni con la chicana a Maradona el otro día. Habló como habla, como si estuviera en Twitter. En parte funciona, porque lo que llamamos Twitter expandió sus características fuera de Twitter y esto hace a condiciones sociales más generales. Pero por momentos se recupera decir "no, no, no, eso no se puede; eso que dijiste, no".

¡Qué notable que el freno se lo puso el pueblo, digámoslo así, frente al mancillamiento de Maradona! Mancillamiento en su calidad de ser simplemente Maradona, porque barbaridades sobre Maradona se han dicho tantas. Pero surge este freno que dice "No podés no reconocer". Qué interesante, ¿no?

Y además es algo que sucedió en otra escala —porque es otra escala— con Lali Espósito.

Sí, claro.

Ella es muy querida. Entonces está lastimando no solo a ella sino al afecto que se le tiene. Hay mucho amor por Maradona. Yo lo tengo. ¿Qué pienso de su vida? Lo peor. Por eso digo lo quiero, no lo apruebo, no lo avalo. Si lo juzgo, lo condeno; no lo juzgo para quererlo, como haría con un familiar. Hay una frase de Fontanarrosa tan insuperable: "no me importa lo que hizo con su vida, me importa lo que hizo con la mía".

Hermoso.

MK: Es hermoso. Esa impunidad de la agresividad en las redes sociales está constituida y en parte es constituyente. Es muy fuerte cuando te toca atravesarla. A mí me tocó. A veces me toca atravesarla. Y yo ya aprendí que cuando decís algo que jode...

...sabés que viene la ola.

Hay una primera ola de "Ah, ¡qué bueno esto!". Entonces, hay una segunda ola que viene a interceptar. Ya tengo casi los tiempos calculados. Ahora viene la intercepción. Ahora viene la deformación para hacerme decir lo que no dije. Ahora vienen los vituperios y los ataques para repudiar lo que creen que dije y no dije. Realmente tiene una lógica y un tiempo que si uno

presta un poco de atención se pueden reconocer. Pero ya no es solo las redes sociales. En algún momento me decía, “bueno, dejalo”. Pero, “dejalo” ya no se puede decir más, porque empezó a traspasar al discurso de la prensa llamada *tradicional* también. No tengo tan claro lo que ocurrió entre el Chavo Fucks y Riquelme, pero son cosas que llevan también a revisar cuánto y cómo el periodismo puede o no absorber esa lógica de las redes sociales. Vos no podés chicanear al entrevistado.

Pero es algo que se hace desde hace mucho. Yo diría que Lanata, incluso antes de volverse de derecha, fue el gran creador de esa estructura de entrevista.

Es que es exactamente lo que vos estás diciendo. Es algo que ya estaba; lo pasaron a las redes sociales, o estas lo potenciaron o lo legitimaron, lo validaron o lo desinhibieron, o le concedieron impunidad. A la vez eso vuelve al espacio social, porque existe en el espacio social; las redes sociales no son la sociedad pero forman parte del tejido social y empieza a derramar. Por eso es tan interesante también la entrevista de Lanata con Charly García, cuando se hizo el vivo, como solía o suele hacerse el vivo, y encontró a alguien que le dijo “Sos un boludo”; y ese alguien era Charly García.

O Riquelme diciendo “A mí no me reta ni mi papá”.

Exacto. Hay algo en el género discursivo. Vos podés considerar que Charlie García se repitió. Y si sos Federico Monjeau, o Diego Fischerman o Pablo Gianera, tomás los discos. Porque si podemos decir que Borges se empezó a repetir, por qué no podríamos decir que Charly García se empezó a repetir. Señalar, por ejemplo: “nos resulta fallido que después de haber escrito, y era su primer cuento, *Hombre de la esquina rosada*, años después Borges escriba *Historia de Rosendo Juárez* y explique (Borges que era enemigo de la aplicación) qué pasó acá”. Charly García también podría ser. No es esa la cuestión. Es la provocación canchera. Porque hay algo también (no estoy tampoco muy seguro, pero estamos tratando de pensar) que es: ¿qué pasa con los que no supieron ser cancheros a la edad que tenían que ser cancheros? Acá te habla alguien que no fue canchero nunca.

Yo diría que probablemente Milei es uno de esos.

Exacto, y yo creo que Adorni también; son intuiciones. No solo no fueron cancheros a la edad de las escenas del cancherismo, sino que fueron las víctimas de los cancheros.

Los bullyneados.

Sí, y ahora las redes sociales les dan esa posibilidad. Pero él ya no está en las redes sociales; ahora está en el Estado. Ahora es el jefe del Estado y su vocero los que están haciendo las chicanitas agresivas que no pudieron hacer en el viaje de egresados, cuando todos salieron a bailar y ellos se quedaron en el rincón. A ver, yo ni fui al viaje de egresados; pero trato de asumirlo y no estoy buscando compensaciones a destiempo. Me parece que es una combinación de todos estos factores.

La crueldad vuelve desde ese atavismo adolescente.

Sí, pero además está recontrastudiado; hay análisis desde estructuras más profundas como lo que pensó Rita Segato, que ya pensó en estructuras constitutivas de formas de relación social, que no es lo que dije yo, es lo contrario incluso. Se ha pensado y estudiado la crueldad de los niños en la literatura de Silvina Ocampo. Sí, se puede pensar la crueldad en el teatro de la crueldad; en *Saverio, el cruel*. Sí, claro, tenemos un amplio espectro; mucho para pensar la crueldad. Pero la clave es como si dijéramos: ¿qué pasaba si El Astrólogo efectivamente tomaba el poder? Un pequeño desplazamiento que es que la astróloga es la hermana. Pero estamos entre *Los 7 locos*, siete en uno, El Astrólogo es La Astróloga, el delirio es oficial, y la conspiración triunfó.

Ya que mencionás la literatura como clave. Te pregunto por ahí; pero ahora ya no con el foco en la crueldad sino en el individualismo extremo que Milei encarna como modo de vida.

Dejame primero decir algo que quiero decir, porque en esta instancia se me juntan tres cosas: el individualismo que acabás de mencionar, el 'Llegó para quedarse' y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para la que estamos hablando ahora. A mí me parece inadmisibles que se dicten cursos en condiciones de aislamiento social en 2024 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

¿Cursos virtuales, decís?

Llamarlos virtuales me parece una sofisticación innecesaria. Están promoviendo el aislamiento social. Virtual suena a sofisticación tecnológica, prefiero decir que se dictan cursos en condición de aislamiento social. En ASPO, hoy. Aislamiento social preventivo, ya no se sabe de qué, y obligatorio *de facto*. Porque el que cursa se tiene que quedar en la casa y el que da el

curso también, quiera o no. Me remite al 'Llegó para quedarse'. Y, además, así como vos antes preguntabas: "¿hay alguna conexión...?". Me pregunto: ¿no habrá alguna conexión también entre el individualismo y promover que la gente curse aisladamente unos de otros. Porque cursan con carácter de individuo, o sea, el docente se queda en su casa y da la clase al conjunto de los estudiantes. Los estudiantes están solos, aislados y separados de los demás. Están cursando sin compañeros, cursan en tanto que individuos. Estamos eliminando la figura del compañero porque estamos constituyendo cursadas de personas solas. En la misma institución donde nos estamos cuestionando estas premisas, las estamos promoviendo en la inercia de un 'Llegó para quedarse' que me alarma. A veces esto cuenta con la adhesión de los propios estudiantes, porque así meten más materias; cosa que me remite mucho más a la eficacia del emprendedurismo que a las exigencias de una buena formación, porque yo todavía no encontré a nadie que me diga que la calidad pedagógica de la clase por computadora es comparable a la calidad de la clase en el aula. Para mí la calidad académica es lo que no se puede negociar porque es lo único que tenemos. Los sueldos son un desastre, los baños son un desastre, las salidas laborales son un desastre. Nuestra calidad académica es excelente. No la podemos negociar.

Retomo lo del individualismo desde la literatura. Yo no soy crítico literario, pero soy lector y se ha hablado mucho desde fines de los años noventa y principios de siglo, sobre todo en la literatura argentina, de una literatura del yo, de la experiencia personal. ¿Sería descabellado pensar que esa manifestación cultural de literatura preanuncia algo de este individualismo?

Yo no los homologaría estrictamente y no establecería un vínculo de causa-efecto, pero sí una resonancia de una cosa en la otra. Que una cosa resuena en la otra sí, que es una causa o una consecuencia de la otra no; que es ese mismo individualismo en la literatura, diría que no, pero que una cosa resuena en la otra y que vale la pena o que tiene sentido reparar en su coexistencia, sí. Hace unos años me llamaron para dar el discurso de inauguración del Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires (FILBA) y hablé sobre la literatura del yo, que además estaba todavía más en ebullición que ahora. El problema no es estrictamente ni el yo ni la primera persona, porque entonces *En busca del tiempo perdido*...

El problema es qué yo.

El problema es qué yo. El problema está entre el yo y el yo; el yo del texto y el yo real. La mediación entre el yo del texto y el yo real que existe, como sabemos también por Bajtin, aún en el género autobiográfico. ¿Qué pasa cuando esa mediación prácticamente no está? Lo podríamos trasladar también a cualquier forma de relación entre literatura y política: tiene que haber mediación. Habla un adorniano. Tiene que haber mediación porque el lenguaje es mediación. Primer grado, hay lenguaje de por medio; pero tratándose de literatura, además de que haya lenguaje de por medio, hay conciencia de que hay lenguaje de por medio, con lo cual la mediación no es solo del lenguaje, sino la de la forma del lenguaje o la conciencia de que el lenguaje forma como mediación entre literatura y realidad, o entre literatura y política, o entre literatura y yo. Cuando esa mediación no existe y el yo es el yo, a mi criterio la literatura se debilita, así como para mí se debilita cuando hay un realismo ramplón donde la mediación desaparece. Tengo la misma reticencia conceptual con la literatura de los histórica y tradicionalmente llamados “de mensaje político”, donde la mediación desaparece o se debilita. Cuando el objeto que se transfiere de un modo directo es el yo, le veo los mismos problemas que a cualquier lógica literaria de transferencia directa. Pero además después es un problema con el objeto; pues ahí el impulso no es la activación de una conciencia política, que igual yo cuestionaría, no es la plasmación del reflejo en la realidad social, que yo igual ahí también lo cuestionaría, sino que es la fascinación que una cantidad de gente tiene consigo misma pasando por alto un componente finalmente obvio, o inicialmente obvio, de cualquier texto literario que es asumir que la propia fascinación no está garantizada en el lector. O sea, la tenés que producir. Uno escribe porque hay algo que uno encuentra o fascinante o por lo menos atractivo, o por lo menos interesante, pero que en cada página te plantea la premisa de que esto tiene que resultarle más o menos interesante también al lector. Y parece haber un fenómeno por el cual se encuentran a sí mismos tan interesantes, le parece tan que va de suyo lo fascinantes que son, que olvidan o consideran innecesario cualquier esmero en volver eso interesante. Como un efecto de época de autofascinación. Esto lo ha pensado y trabajado Beatriz Sarlo, que capta muy bien eso me parece. Porque estamos en una época, otra vez tecnologías mediante, en que obviamente ya sabemos que buena parte del despliegue de los dispositivos es para autoexhibirse y quiero decir, se volvió tan habitual que quizás también hay una pequeña pérdida de pudor o de la premisa de tener algo para mostrar.

Porque ya no es un requisito tener algo para mostrar, porque estás comiendo y mostrás lo que estás comiendo; estás en tu casa y mostrás que estás en tu casa. ¿Eso deriva una literatura costumbrista? No, no, no, no, no. Es el yo.

**Y la presidencia de Milei tiene rasgos de esas características, ¿no?
Esas giras internacionales...**

...los premios que le dan...

... como forma de ese mostrarse.

Porque hay algo difícil de asumir, por las condiciones en las que estamos. Pero si uno se quiere detener un poco, no hablamos de la persona, pues no lo conocemos. Yo tampoco, lo vi una vez en Canal 9 en un pasillo, con eso no conoces a una persona. Pero hay un componente de fragilidad. Contado por él; no estamos haciendo psicología a distancia, no somos psicólogos, no creo serlo, pero cuando él habla de sí mismo... Cuando él lo ve a Abbondanzieri y dice: "Este es un arquero, en serio". Quizás me detuve en ese ejemplo porque yo también quise ser arquero y no lo logré. No voy a tomar como rehén a la clase trabajadora argentina por ese motivo, ahí ya tenemos una diferencia; pero cuando él dijo "este fue arquero de Boca y yo no", ahí me dije "claro, a mí me pasó lo mismo pero con Gatti".

**Dejame detenerme ahí, sobre la figura del arquero. Porque el
Presidente ha dicho que ser arquero es ser alguien especial.
Ha construido un discurso en torno a la figura del arquero similar
en algún sentido a la figura del *entrepreneur*, del cuentrapropista,
que es un poco el eje del tipo de sociedad que quiere construir.
Y, curiosamente, leí el otro día un reportaje a un Profesor de
Educación Física en colegios que decía que le costaba mucho armar
los equipos con los chicos porque todos querían ser arqueros,
porque todos querían ser como El Dibu. O sea, la fascinación de los
niños hoy está con El Dibu, con el arquero. Es interesante, ¿no?**

Sí, muy interesante. A mí me perturba porque ahí me reconozco. Damián Tabarovsky, que tiene una columna de fútbol en *Perfil*, en algún momento escribió sobre eso. En mi infancia mi ídolo era Gatti.

En la mía eran Gatti y Mastrángelo.

Yo como era rubiecito tenía algo con Mouzo y con Suñé. Bueno, Tabarovsky escribió sobre la idea de que la figura fuera el arquero, no Fillol

el *Gran Arquero*, o Gatti el *Gran Arquero*, sino que el ídolo sea el arquero. Me parece que esto va combinado con la falta de carisma personal de Messi, porque el ídolo natural y el que maneja los rendimientos del juego, obviamente es Messi, y claro que hay adoración por él. Pero las cosas que hace el *Dibu* Martínez son fascinantes. Y Messi es un grandísimo jugador, el segundo mejor jugador de la historia de la Argentina; pero no transmite mucho. Entonces, sí, yo creo que ahí en Milei hay algo como de arquero frustrado. Lo que me enteré el otro día en una charla que me interpeló muy fuerte, es que en la definición por penales, los arqueros se saludan entre sí. Se desean fuerza entre sí, siendo que uno va a ganar y el otro va a perder y cada uno quiere que el otro pierda. Pero en tanto que arqueros, o sea, los dos solos, se reconocen y se saludan. No se unen, de hecho se van a enfrentar; se saludan en tanto que solos. A mí me gusta eso. Porque me gusta la soledad. Porque la escritura también es solitaria, porque la lectura también es solitaria. Ahora claro que no es lo mismo el gusto por la soledad de la singularidad del arquero que los problemas de socialización.

Exacto. Es esa lectura del arquero, ¿no?

Jugás con otros diez. Y cuando sacás de arco tenés que salir con los marcadores de punta; o cuando descolgás el córner tenés que ver que picó Mastrángelo y entonces le sacás rápido porque, o sea, a los demás los tenés que registrar. También en esto hay grados. No estoy nada satisfecho con cierta visión que desde sectores presuntamente afines, o afines de izquierda o centroizquierda, o desde el progresismo, lo que sea, después de años de trabajar y machacar con estudios culturales y construcciones sociales, etcétera, se impulsa un modelo de normalidad familiar, pues me parece un contrasentido respecto de las posturas que supuestamente esgrimimos y sostenemos por convicción. La construcción, la construcción, la construcción, y de pronto se está diciendo “no tiene una familia normal”. Pero entonces, la bibliografía que manejamos, ¿la estábamos manejando para qué? ¿Qué quiere decir una familia normal? También lo planteamos una vez, ¿y se acuesta con la hermana, qué? Si ella quiere...; si no quiere, no; si no es menor, si no hay abuso, si no la engañó. ¿Qué se yo? También es cierto que una fuerza política en la que nadie se casa es raro. Estadísticamente.

Y en un país con una presencia, vía el peronismo, de los matrimonios políticos.

Bueno, pero es que por ahí está el problema también. Viene este otro que vive con los perros, con la hermana y que gana. Aunque, hay algo con los perros. Pues la diferencia que uno tiene con la relación de él con los perros es numérica. Dado que es economista, ¿por qué cuenta cinco si hay cuatro? Ahí yo tengo un problema, pues digo, pues si va a medir así la inflación, qué es lo que hace; pues si ve cinco donde hay cuatro, también ve 70.000% donde en realidad había cien. Pero, volviendo, ¿qué ideología familiarista empezamos a invocar para objetarle a Milei que no tenga una familia normal? Y ¿cómo es que Alberto, el candidato no solo de lo que ahora se fractura respecto de las posiciones en relación con el feminismo, llegó a montar esa familia normal con esposa, hijo, mascota? ¿Qué montó ahí? ¿Por qué tuvo que montar eso? Un Presidente que supuestamente estaba en sintonía al menos con algunos sectores sociales que trabajan la idea de la diversidad, no solo de orientación de género, de construcción de vínculos; y sin embargo, se esperó, o se esperaba o se habrá esperado que montara la familia normal y se le objetó a Milei que no la haya montado.

Incluso hubo casi un eslogan de campaña que fue “Votá al tipo normal”.

Vota al tipo normal. Pero nosotros estamos dando Foucault. Cómo los mismos que en nuestras clases damos Foucault podemos estar diciendo eso. Llevamos veinticinco años trabajando, discutiendo, la noción de normalidad y los anormales ¿y vamos a salir a decir “Votá al normal”? Después podemos decir qué raro una fuerza política donde nadie se casó ni tuvo hijos. Bueno, pero eso es una consideración estadística, no normalista. Porque es raro, ¿no? Son muchos en el gobierno. Ya tiene como tenor de secta. Es raro. Como si todos tuvieran el helado de limón como predilecto. Qué raro la coincidencia. La coincidencia es rara, no que alguien no se case.

Vuelvo a la literatura un poquito. Tenemos un Presidente que se dice anarcocapitalista, anarquista, libertario. Y, curiosamente, nuestro prócer literario, Borges, se decía anarquista.

Y en nuestro poema nacional, la primera parte, lo que tenemos es un tipo que rompe con el Estado. ¿Hay una continuidad, no hay una continuidad? Volviendo a Borges, el otro día leía en los *Textos recobrados* una conferencia que dio en Azul en los años

treinta. Toma un episodio del Quijote, aquel en el que se libera a los encadenados, y Borges dice, bueno, acá un argentino, un sudamericano, se siente bien. Porque no tenemos ningún apego con el Estado. Menciona a un gringo que su primera novela es sobre un pibe que delata a alguien a la policía, y Borges dice “a ningún pibe de La Paternal se le ocurría arrancar así su carrera literaria”. Porque no tenemos ningún apego con el Estado. Eso dice Borges en los años treinta, lo que luego se va acrecentando en sus miles de entrevistas donde se autoproclama (aunque hay que ver qué significaba eso para él) anarquista. Nuestro país, con Borges autoproclamándose anarquista, tiene de presidente a Milei. Para usar una frase de moda: ¿hay algo ahí?

Tengo una fuerte necesidad personal y literaria de responder que no, pero voy a tratar de dar fundamento a mi necesidad. Por un lado, otra vez el factor adorniano: mi tendencia, o mi preferencia, mi inclinación a pensar que la literatura entra en una relación de antinomia, de disidencia, de diferencia con el estado de cosas de la realidad social, y no que la reproduce o que la instituye. Eso como premisa teórica general. Igual uno puede rastrear líneas. Me parece que hay que agregar a Macedonio. Por aquella colonia anarquista en Paraguay, por la idea del Estado, que es la lectura que Piglia hace de *Museo de la Novela de la Eterna*. Creo que la correspondencia no funciona, y no funciona por Milei. O sea, lo digo al revés: la literatura efectivamente entrando en una relación de diferencia y de antítesis con la realidad existente, ilumina los límites de lo que Milei llama “anarquismo” o “anarcocapitalismo”. Porque no tiene ninguno de los componentes liberadores ni de lo que uno puede encontrar incluso como positivo en el recelo del individualismo borgiano. Porque para el caso, tomemos a Adorno, cuya noción de individuo, obviamente, no era la de Borges, porque era marxista y piensa el individuo constituido con la mediación social (Borges es más la línea creo que spenceriana del individualismo). Pero, hechas esas diferencias, también en Adorno hay una premisa que se deriva de su experiencia del fascismo, del nazismo, que son los regímenes políticos que arrasan con la particularidad de cada uno. Entonces, uno puede, incluso en el individualismo de Borges, rescatar una premisa de preservación de lo propio de cada uno, ahí donde los sistemas totalitarios arrasan. Pero eso Milei lo tiene. Todo de lo que estuvimos hablando ahora es cómo nos vemos arrasados, no solo en términos individuales, aunque también en términos individuales. Arrasados. Me parece que, al revés, la literatura, por contraste, funciona como un elemento

que nos permite ver mejor en qué radicaría ese anarquismo, que es quitar al Estado de todo lo que tiene que ver con la regulación de lo económico. Pero desde el punto de vista, por ejemplo, de la figura que vos tomabas: la delación a la policía está totalmente alentada por Bullrich. Más bien es el gobierno que lleva al límite esa figura. Si ve algo raro llame a la policía y hasta la llaman cuando no hay algo raro también.

La pregunta es si ese discurso es Bullrich o es Milei, ¿no?

Pero es que él la llamó. Ahí también ves los límites. ¿Un anarquista llama a una represora? A la que llamó asesina de niños sin nunca retractarse. Se retractó gradualmente; después estableció que fue de un niño y no de varios. Está muy claro que el Estado avanza y arrasa en todos los ámbitos y solo festejan en nombre del anarquismo lo que tiene que ver con los intereses de la explotación del capital financiero. Es tan claro que desde la literatura se vuelve más claro todavía. Porque el individualismo de Milei es, como vos mismo decías, el del cuentapropista, es el del emprendedurista. O sea, ¿el individuo en carácter de qué? Porque en otras condiciones sería la dignidad personal, no digamos ya el individualismo, la dignidad personal, la arrasa. La violencia verbal, el insulto o la denigración permanente, es un arrasamiento continuo de la condición de cada cual. O en el colectivo también de cada cual; cuando trata de descerebrados, de cerebros lavados, a los estudiantes del sistema de la educación argentina, está arrasando. Cada uno se siente denigrado. No, el Estado se repliega solamente para despejar el espacio, para que los explotadores exploten a sus trabajadores y para que las maniobras de la especulación del capital no tengan límite alguno. Liberados esos rubros en nombre del anarquismo, la presencia opresiva del Estado se agudizó. Notoriamente, lo vemos en lo que pasó en la última o penúltima marcha, con los detenidos arbitrariamente para escarmentar.

Entonces, diríamos, no hay ninguna continuidad por dos razones: porque hay un Estado, represor, y porque el individualismo que Milei encarna o pretende defender es individualismo sin espesor, que no es el individuo borgeano.

Claro. Carece de todos los reflejos ligados de algún modo u otro con algún tenor genuino, auténtico de libertad y de resistencia a la prepotencia del poder. Eso está absolutamente arrasado, es pura prepotencia de poder. Estamos más entregados a la prepotencia del poder, sea la violencia física del aparato represivo del Estado, sea la violencia simbólica y la violencia

verbal, ahora del aparato del Estado, que lo tomó de las redes sociales pero lo ejercen desde el Estado. Estamos más sujetos al maltrato del Estado que nunca. Bueno, que nunca no, estuvo la dictadura.

En relación con la dictadura, quería preguntarte lo siguiente. En la época de Macri tuviste una intervención que fue muy potente, que circuló muchísimo, que fue tu discusión con Lopérvido.

Tu clarificación para muchos de lo que significaba el número treinta mil. Pasaron unos años y hoy tenemos un gobierno que ya no es meramente negador de un número, sino que va por una especie más o menos velada de reivindicación del terrorismo de Estado. ¿Cómo ves esa evolución donde se empezó con la discusión de un número y se termina con Milei en campaña prácticamente reproduciendo el discurso de Massera? ¿Tenés alguna hipótesis acerca de esa deriva?

Yo tiendo a pensar eso, revisando prácticas propias en todo caso. Me parece que sería, o fue, o es, un error pretender cerrar la discusión. Y ahí subrayo un poco algo que dijimos antes y que reaparece ahora. Lo que yo dije surgió en una discusión. En un intercambio con otro. Yo personalmente, por ejemplo, estoy en desacuerdo con establecer que el número es treinta mil y que no se pueda decir otra cosa. No estoy de acuerdo con eso. Nos podemos poner a hablar mal de Villarruel y de Milei; tengo mil cosas para decir. Pero yo prefiero responder revisando prácticas propias, como la de tener cierto afán a dar la discusión por cerrada. Eso es un error, porque las discusiones no se cierran a voluntad.

¿Es una nueva impugnación del ‘Llegó para quedarse’?

Es una variante de eso. ‘Llegó para terminarse’; o ‘Se quedó para terminar’. Porque no es a voluntad. Las discusiones no se cierran o se abren porque alguien lo decide. Y menos el Estado. Porque finalmente era una disposición a que el Estado estableciera que eso no se podía discutir. Y la verdad es que las cosas se pueden discutir según una dinámica social que no se regula o yo no pretendo que se regule estatalmente. Es distinto el tenor del negacionismo en el caso del Holocausto. Es muy distinto y era negacionismo en el sentido estricto: “No hubo campos de exterminio en Polonia”. No, sí hubo. Ese sí es un corte tajante respecto del negacionismo. Pero aquí... de hecho, yo no he hablado de negacionismo nunca, no son mis términos y no comparto ese término. Por lo mismo que vos estabas diciendo: ¿cuál es el

negacionismo aquí? ¡No niega, reivindica! Nadie ha dicho acá que no hubo centros clandestinos de detención durante la dictadura. Entonces también me parece un error enfocarlo por el lado del negacionismo, no por lo menos de lo que es el negacionismo en Alemania. Acá nadie dijo que en la ESMA no pasó nada; ni Victoria Villarruel ni Pando, que es el antecedente, ni Massera. Nadie dijo, acá no hubo detenidos desaparecidos. Entonces es otro el problema que tenemos acá. ¿Trasladar las categorías y decir “esto ya se estableció, no se puede discutir más como se hizo con Auschwitz”? No, porque no es la misma discusión, porque allí sí decían “No hubo Auschwitz, no hubo hornos crematorios”, y entonces se dice, “sí los hubo, los vimos y está probado”. Acá la discusión es otra, porque nadie dice “No los teníamos acá en la ESMA”, nadie dice “No hubo pozo de Banfield”. Nadie, ni los represores. Dicen otras cosas, aberrantes, pero otras. Con las que tenemos que lidiar de otro modo.

Sería justificacionismo, digamos.

O reivindicacionismo. Y ahí sí que tenés una escalada. De otra forma nos quitamos a nosotros mismos herramientas de confrontación. Primer concepto del hábito de hablarnos y repetirnos a nosotros mismos: hablo yo y vos te vas a tener que callar. Y, del otro lado, el otro de pronto no se calla, habla; y además ahora habla en el Estado. Y te encontrás con el problema de cómo le respondes. Yo lo puedo reconocer porque yo también tengo esa fantasía de que no se discuta más. La que yo quiero ganar es “Nada es como descender”. Mi fantasía es mirar esa discusión y que nadie pueda discutir eso, porque para mí es indiscutible. Con eso aprendí que las discusiones no terminan cuando uno quiere; ni siquiera cuando uno las gana. Porque las discusiones, cuando las ganás, después se reabren por un lado o por tal otro. Entonces me parece que ahí hubo un giro hacia cerrar la discusión. Cerrar la discusión supuso acallar. Acallar cosas que me parecen deplorables. Pero la solución no es acallarlas porque ahora, no solo no se acallan, sino que hablan desde un lugar de poder. Vuelvo a tomar lo que dije en relación con mi intervención frente a Lopérfido. Fue una discusión. Donde, como corresponde al género discusión, avanzás en tu formulación con lo que está diciendo el otro; contra lo que está diciendo el otro pero con lo que está diciendo. Si no, no hay refutación. La refutación es una maniobra discursiva con la palabra del otro, no es sin la palabra del otro. Si vos decís “Vos te callas y voy a hablar yo” eso no es una refutación. Y esta disputa que tenemos entre manos es del orden de la discusión y de la refutación. Y no siempre

se la encaró por ahí. Con esto me incluyo. Que hable Victoria Villarruel. De hecho, habla. Está equivocada, lo que dice es horrendo. Entonces, ¿cómo desarticulamos? Perdimos la gimnasia de esa desarticulación. La escena que tenemos entre manos es la de cómo doblegamos la posición del otro. El modo en que nos ganaron la palabra *vida* en la disputa por el aborto, por ejemplo. Es una torpeza absoluta. Y fue una victoria, eh.

Bueno, escribí por ahí acerca de cuál fue la gran operación retórica de Milei. Sacando la lucha contra la dictadura, lo quiera uno o no, la palabra *libertad* siempre fue una palabra de la derecha en Argentina. Milei con el “Viva la Libertad, carajo”, en pospandemia, plebeyiza la palabra *libertad* y lo que nos quedaba de la palabra *libertad* nos lo birló.

Sí, totalmente. En algún momento pensé también: todo lo que va a haber que hacer, Himno Nacional mediante, para recuperar el valor social de la palabra *libertad* cuando esto pase. Porque ahí tenés otra vez; esto va a pasar pero la palabra *libertad* va a quedar dañada. Y hay como una tarea de reparación de esa palabra.

Nos queda Charly García y su canción *Inconsciente colectivo*, ¿no?

Y también hay una esquina sobre la que he pensado escribir, pues no sé si hay otra ciudad que la tenga. Existe la esquina de Libertador y Libertad en Buenos Aires.

Mi última pregunta; quizás es una vuelta a lo que estábamos charlando. Escribiste un libro recientemente sobre el teléfono. Lo cual me parece muy sintomático en este contexto de redes sociales. Me parece un gesto bastante a contracorriente. ¿Fue esa la motivación? ¿Creés que a partir de la escritura de ese libro encontraste alguna nota interesante para pensar estas cosas?

Es como me pasó cuando escribí sobre San Martín. El trabajo terminó, el libro terminó y no hay manera de no seguir pensando. El libro empezó por varios lados, pero uno, anecdóticamente, es que a mí me gusta mucho hablar por teléfono y como es una de esas cosas que no se puede hacer, solo pude palpar muy concretamente que había algo que a mí me gusta hacer y que no la puedo hacer más porque no tengo con quién. La línea de articulación conceptual, porque fue parte de mi trabajo en la universidad, es Benjamin. Preguntarse cómo las tecnologías transforman las experiencias

o habilitan experiencias antes inexistentes, pero además transforman o habilitan experiencias antes inexistentes en la relación con otros. Preguntarse por todas estas transformaciones tecnológicas, que además son sobre todo del orden de la comunicación, porque en otro momento de la humanidad fueron del orden del transporte: la invención del automóvil, la invención del avión. Ahora son sobre todo del orden de la comunicación; es decir del vínculo con el otro. Así, está dado todo para repensar cómo será el vínculo con el otro. Como antecedente de Benjamin, una imagen de Simmel que cito en los teóricos en relación con la invención del tranvía (que nos remite a Oliverio Girondo). Dice Simmel: con la invención del tranvía por primera vez en la historia de la humanidad se miran cara a cara dos personas que no van a hablarse. Porque o no te mirabas, no había relaciones de mirada cara a cara; o, si la había, te ibas a poner a conversar porque la escena iba a llevar a la conversación. Eso cambió ahora porque hay asientos enfrentados y podés viajar sin hablar. Esa mirada no se parece a ninguna otra, no es la misma mirada y no es el mismo no hablarse.

El correlato es que ahora la gente se habla sabiendo que nunca se van a mirar.

Sí, la invención de la tecnología del tranvía, que no era una tecnología de la comunicación, sino del transporte, habilitó una relación social inédita, ¿qué está pasando con todo esto que está pasando a nivel comunicacional? De todo lo que yo desarrollo en el libro, tiendo últimamente a detenerme cada vez más en uno de los aspectos que es el movimiento del teléfono al WhatsApp. No, no por el teléfono o el WhatsApp, sino por el hecho de que inercialmente se haya pasado de una cosa a otra como si fuera lo mismo. No es defender unas formas sobre otras. Yo entiendo que alguien prefiera el teléfono, entiendo que alguien prefiera el WhatsApp; lo que no concibo es que los den por idénticos. Y la diferencia tiene que ver con lo que veníamos a hablar. Es ni más ni menos que “hablar con” o “hablarle a”. Creo que estamos hablando de política.

Por eso mi pregunta por tu libro.

El hecho de que se tomen como equivalentes es lo que me llama la atención. Me gusta, además, ver que la novedad no es tan novedad. La segunda vez que fui a un programa de *streaming* alguien me dice: “Bueno, en realidad es como una radio pero la televisamos”. Y respondí: “Esto ya lo hacía el Beto

Badía". Me gustó decir de los audios del WhatsApp: "¡Es lo que se hacía con el *walkie-talkie*!".

Mi papá tenía una frase de cabecera que era: "Esto ya era viejo en el Di Tella".

Es buenísima, la voy a citar. Hay novedad y a veces hay menos novedad de lo que parece. Porque la conversación alternada ya existía en el *walkie-talkie*. Para el caso, me parece todo un síntoma que prevalezca hablarle al otro cuando el otro no está. No está en el sentido de que no está escuchando en el momento en que le estoy hablando. Puedo dar por sentado que me conteste instantáneamente. Aún en ese caso, con esa velocidad del intercambio, en el momento en que yo estoy hablando no me está escuchando. O sea, le estoy "hablando a", no estoy "hablando con" porque en ese momento la escucha no está. Y la escucha afecta al enunciador. La enunciación cuando la escucha es simultánea, genera la cuestión de qué le está pasando con lo que le estoy diciendo; no la de qué le va a pasar cuando me conteste. ¿Qué le está pasando ahora en condición de escucha, no de respuesta, con lo que le estoy diciendo? Eso no está más. Cuando aparece el contestador automático (gran salto tecnológico porque te permite salir de tu casa sin sentir que si alguien, cuyo llamado esperabas, te llegaba a llamar eso se perdía), cuando alguien dejaba un mensaje era percibido como el fracaso de la comunicación. Te preguntaban "¿Hablaste con tal?" y respondías "No, le dejé un mensaje". Dejar un mensaje era no haberse comunicado, ahora es comunicarse. No solo se dejó de sentir que eso era no haberse comunicado, sino que pasó a ser la forma de comunicación dominante. Algo indica. Y de las múltiples cosas que puede que esté indicando subrayaría esto: ¿qué pasa con esta necesidad de que el otro sea objeto de mi palabra pero no sujeto de interacción? Después voy a ser yo objeto de su palabra. Y después él va a ser objeto de mi condición de sujeto hablante. ¿Por qué no puede haber sujeto hablante y sujeto de escucha a la vez? Y me parece que indica algo.

Se habla mucho de la ruptura del lazo social, ahora, esto que señalás es un indicador muy básico de esa ruptura.

Muy concreto; en un punto muy concreto que todos podemos reconocer inmediatamente. Insisto, el dato es que se dé por equivalente cuando no lo es y que se sienta como comunicación lo que hasta hace veinte años se sentía como fracaso de la comunicación.

Te digo que yo estoy integradísimo al WhatsApp. Me reconozco en muchas de las cosas que decís. Soy más de la escritura, no soy de dejar audio.

Se llama telégrafo.

Exacto. En general, me molesta cuando me dejan mensajes de audio. Pero lo que más me molesta es cuando alguien me llama sin avisarme antes con un mensaje de WhatsApp preguntándome si me puede llamar. Es interesantísimo.

Es una señal de época. Cómo vivencia cada uno su condición individual de existencia que la aparición no avisada de otro es vivida como invasión. Ha habido como una dramatización del llamado. Creo que también se transfiere al modo en que los vínculos de seducción romántica, o erótica o sexual tienden, como tendencia de época, a fijar parámetros previos de manera que nada se salga de lo esperado, de lo establecido. O sea, una vez que eso está establecido, no va a ocurrir nada que no sea esperado, o esperable. Como si el amor y el deseo pudiesen realmente quedar sujetos a un acuerdo previo al que después te vas a poder y querer atener. ¿Cómo poder saber lo que te va a pasar? El modo de garantizarse que no va a aparecer nada que no esté avisado. En una escena especialmente incierta; en la que dos personas que se encuentran, se conocen y tienen que ver qué les pasa a cada una con la otra. Todo protocolizado para que nada aparezca que no esté ya avisado. No es del mismo orden, pero, ¿por qué hay que avisar un llamado telefónico? Si me agarrás en mal momento no te atenderé.

Lo que pasa es que hay una diferencia vivencial, experiencial, que es que antes se llamaba a una casa, ahora se llama a tu propio cuerpo. El celular es parte de tu cuerpo. Hay algo de esa vivencia.

Sí, se vive así. Hay algo que yo puse en el libro, y lo cité por envidia de que no se me ocurriera a mí, porque lo dijo Pedro Mairal. Vos llamabas a una casa y muy habitualmente hablabas con alguien que no era a quien llamabas, era alguien intermediario. Cuando vos ibas por primera vez a la casa de un amigo de la escuela, con la madre ya habías hablado. Hablando de relaciones sociales y de lo inesperado. Porque vos llamabas a una casa pero no sabías exactamente quién te iba a atender. Quiero decir es parte de una tendencia de época a desalojar todo lo que pueda ser sorpresivo. Pero aún ese llamado que es estrictamente perdonado, efectivamente. ¿Por qué es mejor avisar? Vos me llamás, yo no te atiendo; ¿del lado de quién queda

el asunto? ¡Del que quiere hablar! Mandar un mensaje de aviso al otro es transferir el problema al otro. "Quiero hablar con vos"; ahora soy yo el que tengo un asunto que resolver. ¿Por qué es más amable eso?

Hay algo que hace una diferencia. Antes sonaba el teléfono en tu casa y vos no sabías quién era, salvo cuando pusieron los identificadores de llamadas.

Que al principio se vivían como policiales.

Ahora, como las tenés agendadas a buena parte de las personas que te pueden llamar, sabés quién te llama. Entonces, si no atendés, pensás: "Estoy siendo descortés". Entonces, hay una lógica de la cortesía, del cuidado, que aparece también.

Sí y no. Porque también era una lógica medio paranoica que ya estaba en el contestador automático. Era gente que llamaba a una casa, atendía el contestador y no asumía que la persona no estaba. Suponían que no estaban queriendo atender. Se promueve esa paranoia. Son variantes de la preservación del otro que es vivido y sentido una y otra vez como amenaza, o como incordio, o como motivo de sobresalto o como invasión. Y al mismo tiempo, nunca hemos vivido tan invadidos y nunca nos hemos encontrado tecnológico-comunicativamente tan a merced de los requerimientos del otro como hoy. O sea que incluso en esa línea salió pésimo. Todas estas medidas cuasiparanoicas del evitar invasiones no dan como resultado un aumento de la autonomía y la disponibilidad de los tiempos personales. Estamos más invadidos y agobiados por la demanda ajena que nunca. Porque si alguien me quiere llamar y yo me tengo que sentar a armar una agenda, hay una demanda del otro excesiva. ¿Por qué se siente que llamar directamente es intromisión y sentarme a organizar los horarios del llamado del otro no es una intromisión sobre mis tiempos? Cuando veo las condiciones generales del estado de la tecnología de la comunicación que se vive ahora lo que veo es que la gente la está pasando muy mal. No hay ningún progreso en el cuidado del otro.

Martín Kohan

Licenciado y Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Profesor adjunto de Teoría Literaria I y Teoría Literaria II en la FFyL (UBA). Publicó las novelas *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007), *Cuentas pendientes* (2010), *Bahía Blanca* (2012), *Fuera de lugar* (2016) y *Confesión* (2020); y los libros de cuentos *Muero contento* (1994), *Una pena extraordinaria* (1998), *Cuerpo a tierra* (2015) y *Desvelos de verano* (2021). En cuanto a ensayos, publicó *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (en colaboración con Paola Cortés Rocca, 1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004), *Narrar a San Martín* (2005), *Fuga de materiales* (2013), *El país de la guerra* (2014), *Ojos brujos* (2015), *1917* (2017), *Me acuerdo* (2020), *La vanguardia permanente* (2021) y *¡Hola? Un réquiem para el teléfono* (2022). Ha sido traducido a varias lenguas y obtuvo los premios Herralde (por *Ciencias Morales*) y Konex de Novela (en dos ocasiones, 2014 y 2024). Fue nombrado “Personalidad Destacada de la Cultura” por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.